

le presenten al parlamentario con los ojos vendados. El enviado queda sobrecogido de asombro al ver aquel numeroso Estado Mayor. «¡Infeliz, le dice Bonaparte, no sabéis, pues, que os halláis en presencia del general en jefe, que tiene aquí todo su ejército! Id á decir á los que os envían que les concedo cinco minutos para rendirse y que de lo contrario serán pasados á cuchillo, para castigarles por el ultraje que acaban de inferirme.» En el mismo momento manda acercar su artillería, amenazando que hará fuego sobre las columnas que avanzan. El parlamentario vuelve á llevar esta contestación, y aquellos cuatro mil hombres rinden las armas á mil (1). Bonaparte, salvado por su presencia de ánimo, dió después sus órdenes para la lucha que iba á empeñarse, y agregó nuevas tropas á las que se habían dirigido á Saló. La división Despinois se reunió con la de Sauret, y las dos, aprovechándose del ascendiente de la victoria, atacaron á Kasdanovich y rechazáronle definitivamente á las montañas. Bonaparte condujo después todas las demás fuerzas á Castiglione, volvió por la noche, sin descansar un momento, y después de haber cambiado de caballo, al campo de batalla á fin de adoptar sus disposiciones. Aquel día iba á decidir del destino de Italia.

La llanura de Castiglione iba á ser el teatro de la lucha; una serie de alturas formadas por los últimos bancos de los Alpes se prolongan desde el Chiesa al Mincio, por Lonato, Castiglione y Solferino: al pie de estas alturas se extiende el llano que iba á servir de campo de batalla. Ambos ejércitos estaban en presencia uno de otro, perpendicularmente á la línea de las alturas, en la que los dos apoyaban un ala; Bonaparte lo hacía con su izquierda y Würrmsér con su derecha; el primero tenía veintidós mil hombres cuando más, y el segundo treinta mil, sin contar otra ventaja, y era que su ala situada en la llanura estaba cubierta por un reducto colocado en el cerro de Medolano; de modo que se apoyaba en dos lados. Para equilibrar las ventajas del número y de la posición, Bonaparte contaba con el ascendiente de la victoria y sus maniobras. Würrmsér debía tratar de correrse por su derecha, que se apoyaba en la línea de las alturas, á fin de abrir una comunicación hacia Lonato y Saló: así lo había hecho Bayalitsch la antevíspera, y así debía hacerlo Würrmsér, cuyos deseos todos habrían de tener por objeto reunirse con su gran división. Bonaparte resolvió favorecer este movimiento, del que esperaba sacar un gran partido. Tenía entonces á mano á la división Serrurier, que perseguida por Würrmsér desde que abandonó á Mantua, no había podido entrar en línea hasta entonces, y llegaba por Guidizzolo. Bonaparte le ordenó que desembocase hacia Cauriana, á retaguardia de Würrmsér; y esperaba su fuego para comenzar el combate.

Desde el amanecer entraron ya en acción los dos ejércitos: impaciente Würrmsér por atacar, puso en movimiento su derecha á lo largo de las alturas; y á fin de favorecerle, Bonaparte replegó su izquierda, formada por la división Massena, conservando su centro inmóvil en la llanura. Muy pronto oyó el fuego de Serrurier;

(1) Este hecho ha sido puesto en duda por el historiador Mr. Botta; pero está confirmado por todos los relatos, y he recibido la prueba de su autenticidad del ordenador en jefe Mr. Aubernón, que pasó revista á los cuatro mil prisioneros austriacos.

y entonces, mientras continuaba replegando su izquierda y Würrmsér seguía prolongando su derecha, mandó atacar el reducto de Medolano. Al efecto dirigió primeramente contra él veinte piezas de artillería ligera, y después de cañonearle vivamente, destacó al general Verdier con tres batallones de granaderos para tomarle. Este intrépido general avanzó al punto, apoyado por un regimiento de caballería, y apoderóse del reducto, con lo cual quedó descubierto el flanco izquierdo de los austriacos, en el instante mismo en que la división de Serrurier, llegando á Cauriana, sembraba la alarma en la retaguardia. Würrmsér destacó al momento una parte de su segunda línea á la izquierda, privada de apoyo, y la situó con numerosas fuerzas para hacer frente á los franceses, que avanzaban desde Medolano, dirigiendo el resto de su segunda línea hacia atrás, con el objeto de cubrir á Cauriana, conteniendo así al enemigo. Pero Bonaparte, aprovechando el momento con su acostumbrada prontitud, deja al instante de replegar su izquierda y su centro, y da la señal que Massena y Augereau esperaban con impaciencia. El primero de estos generales con la izquierda y el segundo con el centro caen sobre la línea debilitada de los austriacos, cargando con impetuosidad; atacada tan de improviso en toda su frente, amenazada en su izquierda y en su retaguardia, comienza á ceder el terreno; el ardimiento de los franceses redobla, y Würrmsér, viendo á su ejército comprometido, da la señal de retirada. Se le persigue haciéndole prisioneros: para que la derrota fuese completa era preciso redoblar la celeridad, y rechazarle en desorden sobre el Mincio; pero hacía seis días que las tropas marchaban y se batían sin descanso, y no pudiendo avanzar más, durmieron en el campo de batalla. Würrmsér perdió sólo dos mil hombres aquel día; pero también perdió la Italia.

Al otro día se dirigió Augereau al puente de Borghetto y Massena á Pescara; el primero trabó un cañoneo que fué seguido de la retirada de los austriacos y Massena empuñó un combate con la retaguardia de la división que había cubierto á Pescara. Würrmsér abandonó el Mincio, siguiendo el camino de Rívoli, entre el Adige y el lago de Garda, para entrar en el Tirol. Massena le siguió hasta Rívoli y la Corona, volviendo á tomar sus antiguas posiciones, mientras Augereau se presentaba delante de Verona. A fin de dar tiempo á los austriacos para evacuar la ciudad y salvar sus bagajes, el proveedor veneciano pedía dos horas de tiempo antes de abrir las puertas; pero Bonaparte mandó derribarlas á cañonazos. Los veroneses, que eran afectos á la causa de Austria, y que habían manifestado altamente sus sentimientos al retirarse los franceses, tenían el enojo del vencedor; pero éste les dispensó las mayores consideraciones.

Por la parte de Saló y del Chiesa, Kasdanovich hacía una retirada penosa, detrás del lago de Garda; quiso detenerse para defender el desfiladero llamado de Rocca d'Anfo; pero fué batido y perdió mil doscientos hombres; los franceses recobraron muy pronto todas sus antiguas posiciones.

Esta campaña había durado seis días, y en tan corto espacio de tiempo treinta y tantos mil hombres habían dejado fuera de combate á sesenta mil. Würrmsér perdió veinte mil, contándose de siete á ocho mil entre muer-

tos y heridos, y de doce á trece mil prisioneros. Veíase rechazado á las montañas, y reducido á la imposibilidad de sostener la campaña.

Así se desvaneció aquella formidable expedición ante un puñado de valientes. Estos resultados extraordinarios é inauditos en la historia eran debidos á la prontitud y á la enérgica resolución del joven jefe. Mientras que dos ejércitos temibles cubrían las dos orillas del lago de Garda, y cuando todos los ánimos se intimidaban, él supo reducir toda la campaña á una sola cuestión, á la unión de estos dos ejércitos en la punta del lago de Garda; supo hacer un gran sacrificio, el del bloqueo de Mantua, para concentrarse en el punto decisivo; y descargando alternativamente golpes terribles sobre cada una de las masas enemigas, en Saló, en Lonato y Castiglione, las desorganizó sucesivamente, rechazándolas á las montañas de donde habían salido.

Los austriacos estaban poseídos de espanto, y los franceses de admiración por su joven jefe; la abnegación y la confianza en él llegaban á su colmo, tanto que un batallón bastaba para poner en fuga á tres. Los viejos soldados que le nombraron cabo en Lodi, hicieronle sargento en Castiglione. En Italia fué la sensación profunda; Milán, Bolonia, Ferrara, las ciudades del ducado de Módena y todos los amigos de la libertad experimentaron la mayor alegría, mientras cundía el dolor en los conventos y en todas las antiguas aristocracias. Los gobiernos que habían cometido imprudencias, como Venecia, Roma y Nápoles, estaban consternados.

Bonaparte, considerando juiciosamente su posición, no creyó la lucha terminada, aunque hubiese privado á Würrmsér de veinte mil hombres. El anciano mariscal se retiraba á los Alpes con cuarenta mil; iba á darles descanso, á reunirlos y organizarlos, y era de presumir que caería una vez más sobre Italia. En cuanto á Bonaparte había perdido algunos miles de hombres entre prisioneros muertos y heridos; tenía muchos en los hospitales, y juzgó que debía contemporizar aún, tener fija siempre la vista en el Tirol y los pies sobre el Adige, y contentarse con imponer á las potencias italianas, hasta que tuviese tiempo de aplicarlas el castigo. Limitóse, pues, á dar á conocer á los venecianos que estaba al corriente de sus armamentos, y continuó viviendo á su costa y aplazando aún las negociaciones para una alianza. Habiendo sabido la llegada á Ferrara de un legado del papa, que fué para tomar de nuevo posesión de las Legaciones, mandóle presentarse en su cuartel general. Este legado, que era el cardenal Mattei, cayó á sus pies diciendo: *peccavi*, y Bonaparte dispuso que le encerraran en un seminario. Después escribió á Azara, que era su mediador cerca de la corte de Roma y Nápoles; quejóse de la imbecilidad y mala fe del gobierno papal, y anunció su intención de volver muy pronto si se le obligaba á ello. En cuanto á la corte de Nápoles, usó del lenguaje más amenazador. «Los ingleses, decía á Azara, han persuadido al rey de Nápoles que era alguna cosa; yo le probaré que no es nada. Si persiste, en menosprecio del armisticio, en ponerse en línea, me comprometo, á la faz de Europa, á marchar contra sus pretendidos setenta mil hombres con seis mil granaderos, cuatro mil caballos y cincuenta cañones.»

También escribió una carta muy cortés, aunque enérgica, al duque de Toscana, que había dejado á los in-

gleses ocupar á Porto-Ferraio: díjole que Francia podría muy bien castigarle por este descuido, ocupando sus Estados; pero que no lo haría, en consideración á una antigua amistad. Cambió la guarnición de Liorna, á fin de imponer á Toscana con un movimiento de tropas; guardó silencio con Génova; y escribió una enérgica carta al rey del Piamonte, que toleraba á los bandoleros en sus Estados, y envió una comisión militar ambulante para coger y fusilar á los que se hallaran en los caminos. El pueblo de Milán había manifestado las disposiciones más amistosas á los franceses, y por lo tanto dirigióle una carta muy atenta y elevada, dándole las gracias. Como sus últimas victorias le infundían esperanzas más fundadas de conservar la Italia, creyó poder comprometerse más con los lombardos; concedióles armas y les permitió organizar á sus expensas una legión, en la cual se alistaron muchos italianos amantes de la libertad y los polacos que vagaban por Europa desde la última división de su país. Bonaparte manifestó su satisfacción á los pueblos de Bolonia y Ferrara: el de Módena pedía se le librara de la regencia establecida por el duque; y aunque Bonaparte tenía ya algunos motivos para romper el armisticio, por haber enviado aquélla víveres á la guarnición de Mantua, quiso esperar aún. Hecho todo esto, pidió refuerzos al Directorio para reparar sus pérdidas, y mantúvose á la entrada de los desfiladeros del Tirol, dispuesto á caer sobre Würrmsér y aniquilar los restos de su ejército, apenas supiese que Moreau había pasado el Danubio.

Mientras ocurrían en Italia tan grandes acontecimientos, se preparaban otros en el Danubio. Moreau había rechazado palmo á palmo al archiduque, llegando á mediados de termidor (primeros de agosto) al Danubio. Jourdan se hallaba en el Naab que desagua en este río. La cordillera del Alb, que separa al Nécker del Danubio, se compone de montañas de mediana altura, terminadas en terraplenes, atravesados por estrechos desfiladeros á manera de grietas de peñascos. Por estos desfiladeros había penetrado Moreau hasta el Danubio en un país desigual, cortado por barrancos y cubierto de bosque. El archiduque, que proyectaba concentrarse en el Danubio y recobrar fuerzas en tan poderosa línea, adoptó de repente una resolución que estuvo á pique de inutilizar sus sagaces proyectos. Supo que Wartensleben, en vez de replegarse sobre él, acercándose lo más posible á Donoverth, lo verificaba hacia Bohemia con el necio propósito de resguardarla, y temía que aprovechando este falso movimiento, que dejaba descubierto el Danubio, intentase cruzarle el ejército del Sambre y Mosa. Quería, pues, hacerlo él mismo para desfilarse rápidamente por la otra orilla y dar frente á Jourdan; pero el río estaba interceptado por sus almacenes; necesitaba tiempo aún para evacuarle; no quería pasar á la vista de Moreau y muy cerca de su fuego, y pensó en alejarle empeñando la batalla con el Danubio á la espalda. El plan era malo y mereció después una severa censura, porque le exponía á ser precipitado en el río, ó por lo menos á no llegar sin una derrota, condición indispensable para el buen éxito de sus proyectos ulteriores.

El 24 termidor (11 agosto) detúvose delante de las posiciones de Moreau para dar un ataque general. Moreau estaba en Neresheim, conservando las posiciones de Dunstelingen y Dischingen por su derecha y su centro

y la de Nordlingen por su izquierda. El archiduque, queriendo separarle primero del Danubio y cortar después la retirada á las montañas de donde había salido, si era posible, é impedirle, en fin, que se comunicara con Jourdan, atacó en todos los puntos á la vez con el objeto de conseguir cuanto se había propuesto. Logró flanquear la derecha de Moreau, avanzando hasta Heidenheim, casi sobre su retaguardia, y sembró tal alarma, que todos los parques retrocedieron. En el centro intentó un vigoroso ataque, aunque no bastante decisivo; y en la izquierda, hacia Nordlingen, hizo demostraciones amenazadoras. Moreau no se intimidó ante estas últimas, ni tampoco por la excursión detrás de su derecha; y juzgando razonablemente que el punto esencial estaba en el centro, hizo lo contrario de lo que hacen los generales vulgares, siempre alarmados cuando se amenaza cercarles. Debilitó sus alas en provecho del centro, y su previsión fué justa, pues el archiduque, redoblando sus esfuerzos contra aquél hacia Dunstelingen, vióse rechazado con pérdidas. Unos y otros durmieron en el campo de batalla.

Al otro día vióse Moreau muy apurado por el movimiento retrógrado de sus parques, que le dejaban sin municiones; pero pensó que debía demostrar audacia, aparentando querer atacar. Sin embargo, ansioso el archiduque por reparar el Danubio, no tenía el menor deseo de renovar la lucha: efectuó su retirada sobre el río con mucha firmeza, cruzóle de nuevo sin ser inquietado por Moreau y cortó los puentes hasta Donawerth. Allí supo lo ocurrido entre los dos ejércitos que habían operado por el Mein: Wartensleben no se dirigió á Bohemia, como lo temía, sino que se había quedado en el Naab, en presencia de Jourdan. El joven príncipe austriaco adoptó una resolución muy sabia, que era la consecuencia de su larga retirada y propia para decidir la campaña. Al repliegarse sobre el Danubio, su objeto había sido concentrarse, á fin de poder operar contra uno ú otro de los dos ejércitos franceses, con un número superior de fuerzas. La batalla de Neresheim hubiera podido comprometer este plan si en vez de ser incierta hubiese sido del todo desgraciada. Sin embargo, habiéndose retirado con todas sus fuerzas sobre el Danubio, podía ahora aprovecharse del aislamiento de los ejércitos franceses y atacar á uno de los dos. En su consecuencia, resolvió dejar al general Latour con treinta mil hombres para distraer á Moreau, y dirigirse personalmente con veinticinco mil en busca de Wartensleben á fin de arrollar á Jourdan con esta reunión de fuerzas. Como el ejército de Jourdan era el más reducido de los dos, y hallándose á una gran distancia de su base, no contaba sino unos cuarenta mil hombres, era evidente que no podría resistir, y hasta que iba á verse expuesto á grandes desastres. Batido Jourdan y rechazado hasta el Rhin, no le sería posible á Moreau permanecer en Baviera, y hasta podría el archiduque dirigirse hacia el Nécker, para cortar su línea de retirada. Este plan tan bien entendido se ha considerado como el más notable de que pudieron honrarse los generales austriacos durante aquellas guerras; y así como los que en aquel momento revelaban el genio de Bonaparte en Italia, era igualmente de un joven.

El archiduque partió de Ingolstadt el 29 termidor (16 de agosto), cinco días después de la batalla de Ne-

resheim. Jourdan, situado sobre el Naab, entre Naaburgo y Schwandorf, no esperaba la borrasca que se preparaba sobre su cabeza, y había destacado al general Bernadotte á Neumark, sobre su derecha, para ponerse en comunicación con Moreau, objeto imposible de conseguir y para el cual se comprometía inútilmente una parte de las fuerzas. El archiduque, llegando del Danubio, debía dar necesariamente contra aquel destacamento: el general Bernadotte, atacado con fuerzas superiores, opuso una resistencia honrosa; pero hubo de repasar rápidamente las montañas por donde había desembocado el ejército desde el valle del Mein al del Danubio, y se retiró á Nuremberg. El archiduque destacó algunas fuerzas en su persecución, dirigiéndose con las demás contra Jourdan, pero advertido éste de la llegada de un refuerzo, del peligro que acababa de correr Bernadotte y de su retirada sobre Nuremberg, se dispuso también á cruzar las montañas. En el momento de ponerse en marcha, fué atacado á la vez por el archiduque y Wartensleben; hubo de sostener un difícil combate en Amberg; perdió su camino directo hacia Nuremberg; rechazado con sus parques, su caballería y su infantería por los atajos, corrió graves peligros, y durante ocho días hizo una retirada de las más difíciles y honrosas para las tropas y para él. Hallóse sobre el Mein, en Schweinfurth, el 12 fructidor (29 de agosto), proponiéndose dirigirse á Wurtzburgo para hacer alto, reunir sus fuerzas y probar de nuevo la suerte de las armas.

Mientras que el archiduque efectuaba este magnífico movimiento contra el ejército del Sambre y Mosa, proporcionaba á Moreau la oportunidad de ejecutar otro análogo, igualmente grandioso y decisivo. El enemigo no intenta jamás un acto de audacia sin descubrirse y ofrecer favorables ocasiones á su adversario. Moreau, no teniendo ya sino treinta mil hombres ante sí, podía arrollarlos fácilmente si operaba con un poco de vigor. Aun le era dado hacer más (en concepto de Napoleón y del archiduque Carlos); podía intentar un movimiento, cuyos resultados habrían sido inmensos; debía seguir él mismo la marcha del enemigo, caer sobre el archiduque cuando este príncipe lo hiciese sobre Jourdan y atacar de improviso su retaguardia. El archiduque, cogido entre Jourdan y Moreau, hubiera corrido peligros incalculables; mas para ello hacía preciso ejecutar un movimiento muy extenso, cambiar de repente la línea de operaciones y lanzarse desde el Nécker sobre el Mein; era necesario sobre todo faltar á las instrucciones del Directorio, que prescribían apoyarse en el Tirol, á fin de cercar los flancos del enemigo, comunicándose con el ejército de Italia. El joven vencedor de Castiglione no habría vacilado en dar este paso atrevido, incurriendo en una desobediencia que hubiera decidido la campaña victoriosamente; pero Moreau era incapaz de tomar semejante determinación. Permaneció varios días en las orillas del Danubio, ignorando la marcha del archiduque y explorando lentamente un terreno que era entonces poco conocido. Al saber, por fin, el movimiento que acababa de efectuarse, inquietóse por Jourdan; mas no osando adoptar ninguna resolución enérgica, decidióse á franquear el Danubio y avanzar por Baviera, á fin de atraer al archiduque á sí, conservándose siempre fiel al plan del Directorio. Era, sin embargo, fácil de juzgar que el archiduque no dejaría á Jourdan

hasta ponerle fuera de combate, ni se apartaría de la ejecución de un vasto plan por una simple excursión á Baviera. Moreau cruzó, no obstante, el Danubio en seguimiento de Latour y acercóse al Lech. Latour aparentó disputarle el paso de este río; pero demasiado extendida su línea, hubo de abandonarla después de sostener un combate desgraciado en Fiedberg. Acercóse después Moreau á Munich, y el 15 fructidor (1.º de septiembre) hallábase en Dachau, Pfaffenhofen y Geisenfeld.

Así, pues, la fortuna comenzaba á sernos menos favorable en Alemania, por efecto de un plan vicioso, que separando nuestros ejércitos, los exponía á ser batidos aisladamente. En Italia se preparaban otros resultados.

Ya se ha visto que Bonaparte, después de haber rechazado á los austriacos hasta el Tirol, ocupando sus antiguas posiciones en el Adige, meditaba nuevos proyectos contra Würmser, pues no satisfecho con haberle aniquilado veinte mil hombres, quería inutilizar completamente su ejército. Esta operación era indispensable para llevar á cabo todos sus designios en Italia. Batido Würmser, podía llegar hasta Trieste, destruir este puerto tan importante para Austria, volver después al Adige, imponer la ley á Venecia, Roma y Nápoles, cuya malevolencia era siempre manifiesta, y dar, en fin, la señal de la libertad en Italia, constituyendo en república independiente la Lombardía, las legaciones de Bolonia y Ferrara, y tal vez también el ducado de Módena. Para realizar todos estos proyectos, resolvió, pues, pasar el Tirol, seguro ya de ser secundado por la presencia de Moreau en la otra vertiente de los Alpes.

Mientras que las tropas francesas empleaban veinte días en descansar, Würmser se reorganizaba y reforzaba las suyas. Algunos nuevos destacamentos llegados del Austria y las milicias tirolesas hicieron subir su ejército á unos cincuenta mil hombres, enviándole el consejo áulico otro jefe de estado mayor, el general de ingenieros Láuer con nuevas instrucciones respecto al plan que debía seguir para apoderarse de la línea del Adige. Würmser debía dejar diez y ocho ó veinte mil hombres á las órdenes de Davidovich para guardar el Tirol y bajar con el resto por el valle del Brenta á las llanuras del Vicentino y el Paduano. El Brenta tiene su origen no lejos de Trento, se aleja del Adige describiendo una curva y vuelve á correr paralelo á este río en la llanura, perdiéndose por fin en el Adriático. Desde Trento conduce al valle del Brenta una calzada, que va á pasar por Bassano á las llanuras del Vicentino y el Paduano. Würmser debía recorrer aquel valle para entrar en la llanura, é intentar el paso del Adige entre Verona y Legnago; plan tan poco acertado como el precedente, porque siempre tenía la contra de dividir las fuerzas en dos cuerpos y dejar en medio á Bonaparte.

Entraba Würmser en acción al mismo tiempo que Bonaparte, y éste, que aunque ignoraba los proyectos de Würmser preveía con rara sagacidad cuán posible era que durante su excursión al centro del Tirol tantease el enemigo la línea del Adige desde Verona á Legnago, dejó al general Kilmaine en Verona con una reserva de casi tres mil hombres y con medios para resistir dos días por lo menos. El general Sahuguet quedó con una división de ocho mil hombres delante de Mantua. Bonaparte salió con veintiocho mil y subió por los

tres caminos del Tirol, de los cuales el uno circula por detrás del lago de Garda y los otros dos siguen las márgenes del Adige. El 19 fructidor (3 septiembre) la división de Sauret, que á la sazón se llamaba de Vaubois, después de haber circulado por detrás del lago de Garda y sostenido varios encuentros, llegó á Torbola, en la extremidad superior del lago. El mismo día las divisiones de Massena y Augereau, que al principio costeaban las dos orillas del Adige y luego se habían reunido en una sola por el puente de Golo, llegaron delante de Seravalle. Tuvieron un encuentro con la vanguardia enemiga y la hicieron algunos prisioneros.

Los franceses tenían entonces que subir por un valle estrecho y profundo, á cuya izquierda estaba el Adige, con elevadas montañas en su derecha. El río, estrechando el pie de las montañas, no dejaba más anchura que la del camino, formando horribles desfiladeros y teniendo que pasar algunos para penetrar en el Tirol; pero los franceses, ágiles y osados, eran tan á propósito para esta guerra como la que acababan de hacer en las extensas llanuras del Mantuano.

Davidovich había situado dos divisiones, una en el campo de Mori á la orilla derecha del Adige para hacer frente á la división Vaubois, que subía por la calzada de Salo á Roveredo, siguiendo las espaldas del lago de Garda, y la otra en San Marcos para guardar el desfiladero contra Massena y Augereau. El 18 fructidor (4 de septiembre) se avistaron, defendiendo el desfiladero de San Marcos la división de Wukassovich. Bonaparte, aprovechándose inmediatamente de la táctica conveniente á los lugares, forma dos cuerpos de infantería ligera y los distribuye á derecha á izquierda por las alturas inmediatas, y luego fatigando algún tiempo á los austriacos, forma en columna cerrada por batallones la décimoctava media brigada y manda al general Víctor pasar con ella el desfiladero. Trábase un reñido combate; los austriacos resisten al principio; pero Bonaparte, mandando al general Dubois cargar á la cabeza de los húsares, decide la acción. Este intrépido general ataca á la infantería austriaca, la desordena, y cae herido de tres balazos. Cuando le conducían moribundo, dice á Bonaparte: «Antes de morir, dejadme saber si somos vencedores.» Por todas partes huyen los austriacos, se retiran á Roveredo, situado á una legua de San Marcos, y se les persigue á la carrera. Roveredo se halla á cierta distancia del Adige; Bonaparte dirige á Rampón con la brigada treinta y dos hacia el espacio que separa el río de la ciudad, y destaca contra esta misma á Víctor con la décimoctava. Víctor penetra á paso de carga en la gran calle de Roveredo, rechaza á los austriacos ante sí, y llega al otro extremo de la ciudad en el instante en que Rampón acababa de cercarla. Mientras que el ejército principal se apoderaba así de San Marcos y Roveredo, la división Vaubois llegaba á este último punto por la otra orilla del Adige.

La división austriaca de Reuss le había disputado el campamento de Mori, pero Vaubois acababa de tomarle en aquel mismo instante, y todas las divisiones se hallaban reunidas entonces á mediodía en la altura de Roveredo, en ambas orillas del río. Sin embargo, restaba hacer lo más difícil.

Davidovich había reunido sus dos divisiones con la reserva en el desfiladero de Calliano, desfiladero temi-